joven, que sonreía ante el peligro, como si se tratara de asistir á la cita de una mujer hermosa! Nelly trató de unir sus súplicas á las de su amiga; pero cuando el capitán quería hacerla callar, tratábala de niña, y entonces ella no decía una palabra más, y encerrábase en su dignidad ofendida.

Edipo, vigoroso caballo inglés, había hecho toda la campaña del segundo sitio; y Faustina trató de tranquilizarse al ver la vida de su hermano confiada al fogoso animal. Solamente Mario seguía moviendo la cabeza con descontento, y murmuraba entre dientes, lo cual complacía mucho á Esteban, que se burlaba de sus infantiles temores.

—Señoritas—dijo el capitán—os saludo.

Y partió á galope por las avenidas del parque. Faustina le miraba, con las cejas fruncidas, procurando desechar inútilmente la inquietud que la oprimía.

—¿Qué tienes?—preguntó Nelly, rodeando con los brazos el cuello de su amiga.

—No sé...

—¿Y tú, Mario, por qué murmuras con ese aire descontento?

—Yo digo... digo que la guerra es un animal dañino; cuando se le toca por diversión, se venga.

V

Edipo corría á escape, y Esteban no pensaba ya en las predicciones de Mario; así como todos los seres creados para la acción, miraba la muerte con indiferencia y desdén; y hubiera podido decir con Shakespeare: «¡el peligro y yo somos dos leones nacidos el mismo día; pero yo soy el mayor!» El espíritu, en suma, se acostumbra al peligro, como el cuerpo á la intemperie.

La noche se acercaba rápidamente; espesas nubes de color gris, semejantes á inmenzas pizarras, encapotaban el cielo; no se veía un coche ni un paseante, y las blancas casas y risueñas quintas que se elevaban á derecha é izquierda parecían solitarias. Chavry no había sufrido mucho durante la guerra; el comandante prusiano que ocupó aquel punto, conocía al general de Bressier por su reputación. Desde los sucesos de la Comuna, las formidables baterías de Versalles protegían el castillo contra los cañones de París.

¡Un centenar de guardias nacionales ocultos en el bosque! pensaba el capitán; verdaderamente Mario debía estar loco; era un africano que creía en las historias inverosímiles, acostumbrado á tratar con los ágiles beduínos ocultos en la sombra de los matorrales traidores. Los comunistas, fugitivos y vencidos, acosados por la tropa de línea, no pensarían seguramente en emboscarse tan cerca de sus enemigos; y aunque así lo hiciesen, pasaría por encima de sus cuerpos. Esteban experimentaba contra aquella gente ese sentimiento de cólera que dominaba en todos los corazones patriotas: escapado á duras penas de su destierro alemán, y humillado aún por los desastres del ejército, odiaba de muerte á los hombres que agitaban su sangrienta bandera ante el pabellón francés. Los padecimientos íntimos de la derrota obraban en él como el dolor de una madre amada en un hijo cariñoso. Aquel estandarte tricolor que había ondeado en tantas victorias, le era más querido después de sus padecimientos comunes. El camino real conducía directamente á Versalles; bastaba dejar á Edipo que galopase, puesto que no era fácil se perdiera; pero cortando á través del bosque, el capitán ganaba media hora; y además, Esteban estaba impaciente por ver si la tal emboscada le cerraría el paso. La espesura azul y negra de los tallares se extendía á un lado y otro, completamente inmóvil; Esteban hizo avanzar á su caballo muy pronto á través de los campos, y por un angosto sendero, casi oculto entre las yerbas, introdújose entre los árboles. Reinaba un silencio profundo y la más densa oscuridad; en aquel instante, el viento disipó las nubes en un espacio y la luna apareció radiante en el horizonte.

El caballo iba al paso, pues su jinete no le excitaba, no acordándose ya de los invisibles enemigos; parecíale ver aún á Nelly y á Faustina, aquellas dos hermosas jóvenes, tan cariñosas para él. De repente el ruido seco de una rama que se rompe le sobresaltó, é instintivamente empuñó su revólver; pero nada se movía; durante un minuto, Edipo, lanzado á galope, conservó este paso, pero después detúvose bruscamente: un hombre estaba en medio del camino, con el fusil en la mano y la bayoneta calada. El capitán apuntó é hizo fuego; pero el hombre se desvió á un lado, ileso sin duda; mientras que el caballo se encabritaba, relinchando con fuerza. Esteban, conociendo que su montura se dejaba caer, soltó las riendas, deslizándose á tierra: ya podían venir sus enemigos, pues le hallarían de pié con un revólver en cada mano.

Lo que siguió no fué siquiera una lucha; por cada

lado del bosque precipitáronse furiosamente varios hombres contra el oficial; un grupo de enemigos se colgó de él, paralizando sus desesperados esfuerzos, y muy pronto sus manos y pies quedaron oprimidos y sujetos como por una prensa. Aquel fué un ataque silencioso y brutal, como un golpe de maza descargado en la sombra. Después de agarrotar y atar bien á Esteban, condujéronle á través de los árboles, antes de que pudiera comprender de dónde venía el ataque.

Los bosques de Chavry tienen por aquel lado una extensión de varios kilómetros; el capitán conocía todas sus espesuras y tallares, donde jugaba en su infancia, y donde más tarde solía pasear á caballo; por eso miraba á derecha é izquierda para reconocer el camino que sus enemigos seguían; pero la oscuridad de la noche le rodeaba, y además tenía una fila de hombres á cada lado. Apenas oía algunas palabras que se cambiaban en voz baja, y de vez en cuando una blasfemia cuando alguno de sus agresores tropezaba en una piedra ó se enganchaba en el ramaje. Al fin se detuvieron, y una voz dijo: «Ya estamos bien aquí...»

Entre varios espesos árboles había un claro de poca extensión, aunque muy bien cerrado; allí se desataron las ligaduras que oprimían los miembros del joven, que de un salto se puso en pie, pero sin armas. A su alrededor vió unos veinte guardias nacionales pálidos y harapientos, en cuyo rostro se reflejaba el resplandor de un fuego encendido con hojarasca; otros hombres, tendidos en tierra, y embrutecidos al parecer como borrachos, bebían de vez en cuando

un trago de aguardiente y miraban con indiferencia, chupando á intervalos sus pipas. Lo que más espantaba en aquellos demonios, evocados de un infierno desconocido, era su silencio profundo. Había allí unos sesenta hombres, y desde la última derrota estaban ocultos en los bosques como fieras; habíanles distribuído víveres para cuarenta y ocho horas antes de salir de París; pero los más carecían de galleta y de carne, unos desde la víspera y los otros desde la mañana.

Esteban lo comprendió todo de una sola mirada: estaba perdido, pues no debía esperar gracia. Sin duda los más de aquellos federales, que la víspera se batían aún tan rudamente, tenían almas de soldados; pero el odio se antepondría; no le quedaba más remedio que morir, puesto que no había una sola probabilidad de salvarse. El ejército de Versalles ignoraba que aquella partida estuviese tan cerca; apenas se encendía fuego, y el silencio que todos guardaban indicaba á la vez tanta prudencia como temor.

Uno de ellos, que ostentaba los galones de sargento, salió de un grupo y adelantóse hacia el capitán.

—Escuche usted, ciudadano; bien ve que está cogido; aquí soy yo el jefe; no olvide mis palabras ni trate de huir, porque se le vigila con cuidado. Ahora vamos á deliberar sobre su suerte.

—¿Es decir que se trata de resolver con qué salsa me comerán?—replicó el oficial con desdeñosa sonrisa.

El sargento hizo un brusco ademán; Esteban le examinó con más atención y vió que era un hombre ro-

busto, de ojos negros y brillantes, y al parecer de carácter resuelto, pero no feroz.

—Vamos á juzgarle—replicó:—vosotros asesinais á nuestros hermanos, sin perdonar siquiera á las mujeres. ¡Ah! ¡no nos han contado pocos horrores de los de Versalles! Si le matamos á usted, no será más que una justa represalia; ojo por ojo, diente por diente; y si se le perdona, será para canjearle por otros prisioneros.

El capitán estaba muy sereno; en sus labios deslizábase una sonrisa, y estirándose un poco, cual si estuviese muy cansado, dijo con tono burlón:

—¡No tema usted nada, ciudadano; me caigo de sueño, y aseguro que en vez de emprender la fuga voy á dormir tanto como sea posible.

El valor admira siempre á los hombres, imponiéndoles una especie de respeto en que el temor se mezcla con la sorpresa; pero la contestación de Esteban levantó un murmullo de cólera; su acento expresaba tal sarcasmo, que aquellos hombres se sintieron zaheridos.

—¡No haya cambio!—exclamó un individuo de rostro amarillento, ojos grises y labios contraídos.—¡Esas son tonterías! ¡Que nos le dén para divertirnos... aquí se aburre uno demasiado!

—¡Silencio, Cadet!—exclamó el sargento con las cejas fruncidas—yo soy quien manda aquí.

—¡Aquí no hay ya jefe, no hay más jefe!—gritaron cinco ó seis energúmenos.

Y uno de ellos se adelantaba ya para poner la mano

sobre Esteban; pero el sargento se puso delante del oficial, y con vigorosa mano rechazó á los agresores.

—Tienes razón, ciudadano—dijo una voz varonil;—un prisiónero es sagrado; y si los de Versalles son asesinos, no es una razón para que nosotros seamos bandoleros.

—¡Ah! ¿eres tú, Pedro Rosny? Tanto mejor; tal vez nosotros dos les haremos entrar en razón.

El marido de Francisca, con los brazos cruzados, inmóvil y resuelto, estaba junto al sargento, y á su alrededor agitábase el grupo siniestro de los vencidos; los que dormían ó meditaban habíanse levantado, y en sus ojos brillaba la curiosidad. Una contienda les distraería media hora, y por otra parte, aquel prisionero les excitaba. Sufrían demasiado; muy pronto no les quedaría otro recurso sino entregarse á merced del vencedor; y harto sabían hasta dónde llegaba la clemencia de las guerras civiles. Todos, ó casi todos, eran hijos de insurrectos, hombres nacidos en el peor lado de las barricadas, descendientes de los que combatieron furiosos en las jornadas de Junio, y que las manos de hierro de Cavaignac trituraron sin compasión. Conservaban en el fondo de su alma, como una leyenda odiosa, el recuerdo de aquellos días de luto; y tal vez procediera de más lejos su espíritu de rebelión. Desde el origen de las sociedades habíase abierto un abismo entre los dóciles y los revoltosos; los unos dispuestos siempre á respetar la ley, los otros á envilecerla. Abel y Caín no existen sólo en la poesía grandiosa de la Biblia; son el doble emblema de las luchas fra-

tricidas que han desgarrado y desgarrarán siempre los costados maternos de la humanidad. Hijos de Caín eran los discípulos de los Gracos que ensangrentaban el Foro para defender las leyes agrarias; hijos de Caín, aquellos libertinos y enervados que durante la votación de las secciones romanas corrían gritando: »¡Viva Catilina Cónsul!» Hijos de Caín, los bandidos de Setiembre, los sectarios de Marat, los amigos de Babœuf, los insurrectos de Junio; y ahora esos defensores de la Comuna agonizante.

El odio y la curiosidad se agitaban en aquellos hombres, que tenían entre sus manos uno de los enemigos á quienes odiaban. Guiados por sus propios sentimientos, tal vez habrían sentido alguna compasión en sus almas perturbadas; pero hacía dos meses que oían infames calumnias; referíanles que en Versalles se sometía á los prisioneros á ingeniosos tormentos: que se les encerraba en calabozos subterráneos, dejándoles pudrirse allí y morir de hambre y de miseria; y que á los heridos se les remataba. Teníanse estos hechos por demostrados, y recordábase aún la fábula inventada por un miserable, el cual aseguró que una mujer de cabello amarillento humedecía la punta de su sombrilla sonrosada en la sangrienta herida de un prisionero.

Sin embargo, la firme actitud del sargento y de Pedro Rosny acalló por un instante aquellos odios; se apreciaba al cajista, y sobre todo respetábanle, porque su bravura y sobriedad imponían deferencia.

—Escuchad, ciudadanos—dijo Pedro;—muchos de los nuestros están prisioneros allá; aquí tenemos un capitán, y se le podrá canjear por diez ó veinte amigos.

Estas palabras fueron acogidas con murmullos y frases irónicas.

—Los que no opinen como yo—continuó Pedro—no tienen madre, ni esposa, ni hijos. Nosotros somos pobres; nuestras familias viven del trabajo que se nos dá, y sin él morirían de hambre; cuando se mata á un obrero en el combate, se da muerte también á su mujer y sus hijos, á quienes la miseria devorará muy pronto.

—Eso es verdad—murmuró un guardia nacional con voz pastosa.

Era un hombre de cincuenta años, con el cabello ya blanco, que fumaba en una pipa de madera y tenía en aquel momento humedecidos los ojos. Llamábase Granset, de sobrenombre Palo Seco; muy aficionado al aguardiente, bebía de firme; la embriaguez le inspiraba siempre sentimientos de ternura, y apreciábanle bastante porque hacía reir.

—¡La concilia... concilia... ción! Yo no conozco más que eso, ciudadanos. Estaremos bien ade... adelantados cuando hayamos muerto al capi... al capi...

—Tan—dijo Cadet, terminando la palabra.—¡Será glotón ese hombre, que hasta se come la mitad de sus palabras!

Esteban parecía del todo extraño á la escena; con su indiferencia ante el peligro y su desprecio á la muerte, observaba con curiosidad los extraños tipos de los hombres que se oprimían á su alrededor. La interven-

ción del que terminó la frase del borracho le hizo sonreir; Cadet, enorgullecido con aquella aparente aprobación, quiso decir otra gracia, y acercándose al oficial, miróle con esa sorna y descaro propios del pillete de París; pero Esteban volvió la cabeza hacia el sargento.

—¡Eh! sargento, hágame el favor de quitar de en medio ese hombre; tendrá usted derecho para mandar que me fusilen, mas no para ponerme delante ese hombre. Es demasiado feo... parece una chinche verde.

La comparación era tan singular, que todos soltaron la carcajada; pero los ojos grises de Cadet brillaron, y volvió al grupo, murmurando una amenaza.

Hasta aquel momento, la concilia... conciliación, como decía el borracho, iba por buen camino; las palabras de Pedro Rosny habían producido efecto: ¿De qué servía matar al prisionero? Los de Versalles le cambiarían de buena gana por una veintena de comunistas. El sargento hizo una señal á Pedro Rosny, y cada uno de ellos, cogiendo por un brazo á Esteban, salieron del claro deteniéndose á poco junto á una corpulenta encina que se elevaba orgullosamente en medio de jóvenes arbustos. El sargento quería alejar al capitán del grupo de guardias nacionales, dejando dos ó tres para vigilarle mientras que se entendería con sus compañeros.

—Es inútil—dijo Pedro Rosny.

Y mirando al capitán, añadió:

—Ciudadano, ¿me da usted su palabra de honor de que no tratará de huir?

¡Dar su palabra á aquella gente! Esta idea repugna-

ba á Esteban; pero Pedro Rosny era el único que le había defendido; y por otra parte, el capitán había observado la franca expresión de la fisonomía del marido de Francisca.

—Doy mi palabra—dijo simplemente.

—Está bien; se lo agradezco—repuso el obrero.

Los guardias nacionales no parecían dispuestos á oir razones y hablaban muy alto, como si olvidasen toda prudencia. El aguardiente, la angustia y el insomnio acababan de trastornar sus ideas, ya confusas.

Sólo unos treinta deseaban sinceramente el cambio; los demás acariciaban la idea de una lenta ejecución, uno de esos tormentos refinados de que tal vez se había dado ya el ejemplo. La discusión tomó muy pronto un carácter violento, y sólo el capitán permanecía tranquilo y risueño, como si en aquella hora suprema no estuviera en discusión su vida. Con mucho cuidado separó del tronco de la encina las yerbas y piedrecillas, y embozándose en su capa, con la cabeza apoyada en un brazo, durmióse profundamente. La noche había cerrado del todo; la luna se ocultaba entre negros nubarrones, y apenas brillaban en el claro algunos puntos luminosos. Sin embargo, aquellos hombres tan próximos á su fin, discutían sobre la muerte de un sér humano; mientras que diez ó doce guardias nacionales, menos cautos que los demás, ó más indiferentes, encendían fuego con ramas secas para combatir la humedad de la noche. Muy pronto la llama, elevándose alegre y brillante, iluminó con viva luz las som-